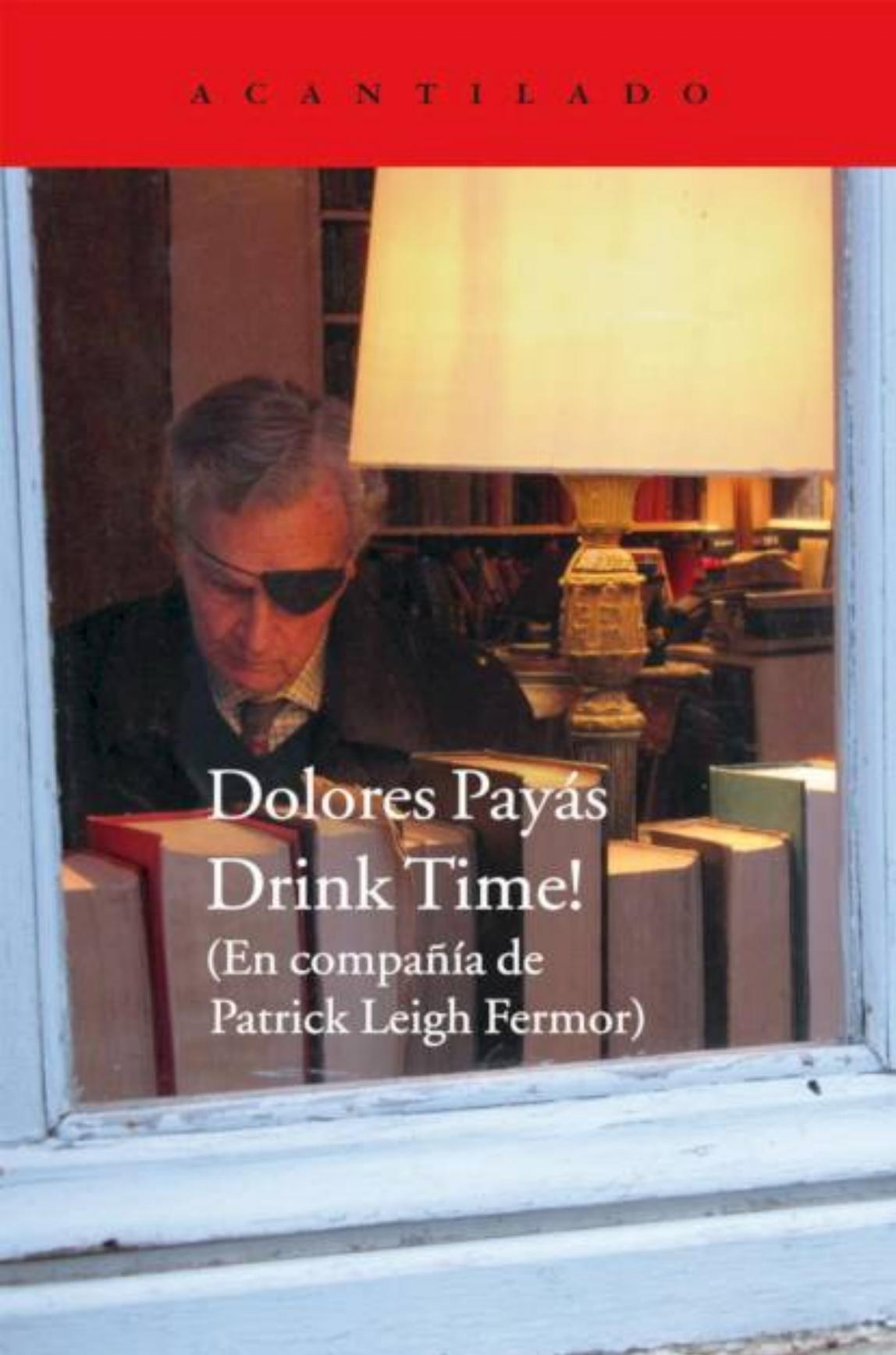


A C A N T I L A D O



Dolores Payás
Drink Time!

(En compañía de
Patrick Leigh Fermor)

DRINK TIME!

(EN COMPAÑÍA DE PATRICK LEIGH FERMOR)

DOLORES PAYÁS

ACANTILADO
BARCELONA 2014

©

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2013 by Dolores Payás
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-04-9
DEPÓSITO LEGAL: B. 23.156-2013

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
marzo de 2014



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la

difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Στη Rosa, τη μητέρα μου εύχομαι μακροζωία

PRESENTACIÓN

Refrescado en verano por la brisa proveniente del golfo, la gran pantalla del Taigeto impide el paso de importunos vientos del norte y del este; no hay tramontana que lo alcance. Es como esos elíseos confines del mundo donde, según Homero, la vida es más sencilla para los hombres: allí no nieva, no soplan los vientos fuertes ni cae la lluvia, sólo el melodioso viento del oeste corre perpetuamente desde el mar para traer frescor a los habitantes del lugar. Me sentí muy tentado de convertirme en uno de ellos...

Mani

Hay personas que aun sin buscarlo o quererlo adquieren una extraordinaria importancia en la vida de los demás. Son hombres o mujeres que convocan mundos y crean paisajes, ventilan horizontes, desvían trayectorias biográficas.

La relación con estas personas raras veces es equilibrada, pero eso no supone un agravio para ninguna de las partes. Quien tiene la suerte de haber entrado en su órbita sabe que resulta imposible corresponder de modo equitativo. Ellos o ellas son tesoros andantes. Figuras de las que emana una riqueza que va más allá del carisma normal. O de la influencia que cualquier artista pueda ejercer en su entorno.

Patrick Leigh Fermor era de una de estas personas.

Las páginas que siguen son un homenaje sin complejos. Al aventurero y escritor, al *gentleman*, al jovial anfitrión, al

guerrillero. Y a quien supo convertirse en un anciano invencible, orgulloso y adorable, en tanto conservaba intactos el resto de atributos.

No hay ninguna pretensión exhaustiva o biográfica en este breve texto. Sólo es una semblanza afectuosa; un croquis inspirado en charlas informales, comidas, veladas y una notable cantidad de vino trasegado. Muy en especial, evoca una estancia en casa del autor pocas semanas antes de su muerte.

Los lectores que ignoren la biografía de Leigh Fermor harán bien en remitirse al apéndice biográfico antes de iniciar la lectura. Disfrutarán más de estas páginas si antes se han familiarizado con las aventuras del autor.

No debe sorprender que casi siempre se aluda a sir Patrick Leigh Fermor con un sencillo y familiar Paddy. Así se le conocía entre amigos y conocidos, y también en los medios literarios. En Grecia era más conocido como o *Mihalis*, pero ésa es otra historia...

[KARDAMILI]

Καρδαμύλη

El trayecto que lleva a Kardamili es engañoso. «*Very deceptive*», decía Paddy, acertando de pleno con la palabra, que para nosotros tiene una sonoridad con tintes de decepción (aunque no signifique exactamente eso). Cosa cierta. Después de pasar el estrecho de Corinto, hay que cruzar el Peloponeso de una punta a otra. Es un viaje que impone. [1] Montañas peladas y oscuras, laderas escarpadas, bruscos descensos. Horas de curvas y amenazadores camiones. Por fin se llega a Kalamata, en la costa opuesta. Kardamili está a orillas del mar, unos cuantos kilómetros algo más al Sur, la lógica dictaría llegar a ella bordeando la costa. Pero sucede todo lo contrario. El camino vuelve a encaramarse hacia el cielo y se adentra en más laberintos montañosos. Gira y gira, de tal manera que uno se pierde en una maraña de despeñaderos, con la impresión de estar siempre yendo en dirección contraria. Desde luego, convencido de apuntar más al inhóspito corazón de la cordillera del Taigeto que no a las playas gentiles del mar de Messenia. No importa cuántas veces se haya hecho el camino, siempre se tiene la impresión de haberlo errado. Es una sensación que persiste durante casi una hora. Pero si se ahuyenta la tentación de dar media vuelta y desandar lo andado, llega el momento de la recompensa. Porque por fin, tras una curva terrorífica colgada a una altura de vértigo, el horizonte se abre y entonces aparece la línea costera de Mani con la encantadora Kardamili ovillada a los pies de las montañas.

[DE LA GALLARDÍA]

ΛΕΒΕΝΤΕΙΪ

—No me importaría en absoluto tomar otra copa. ¿Serías tan amable, querida?

Levantaba el vaso, tintineaban los cubitos de hielo. No servía de nada que antes Elpida hubiera estado aleccionando en secreto, o que hiciera gestos conspirativos medio escondida tras la puerta del salón: «Procura beber despacio, así retrasas la llegada de la segunda—o tercera—copa, hay que servirle menos, el médico dice...». La cosa es que él alargaba el vaso y no quedaba más remedio que obedecer. Tampoco se le podía dar gato por liebre cargando menos whisky—o ginebra, o vodka, de todo bebía—en la soda o la tónica. Lo percibía al instante y entonces exigía rectificación. Se irritaba, no toleraba que se le tratara con condescendencia. En esto, como en tantas otras cuestiones, Paddy era irreductible. Bajo la apariencia del anciano frágil y amable subsistía una tenacidad de hierro. Ninguna advertencia o ningún consejo lograron hacerle variar un ápice su modo de vida. Y dado que aguantó noventa y seis bulliciosos y felices años, habrá que concluir que la razón estaba de su parte y no de quienes trataban de alargarle la vida haciéndosela más aburrida (ahora que él se ha ido sí es definitivamente más aburrida).

Había opiniones encontradas sobre su supuesta fortaleza. Muchos le tenían por un roble; su longevidad alimentaba esta idea, desde luego. Pero quienes le conocían desde

hacía años también decían que nunca había sido demasiado fuerte. Ya de joven tuvo varios achaques importantes, y durante la guerra cayó enfermo de gravedad. De hecho, los médicos del Hospital Militar en el que pasó varios meses lo dieron casi por muerto. Se habló de polio, luego de unas fiebres reumáticas, posiblemente auspiciadas por las duras condiciones que vivió cuando era oficial de la Resistencia cretense: largas marchas nocturnas por las montañas, mucho frío, cuevas que rezumaban humedad, poca comida. No sólo sobrevivió, sino que además maniobró con tozudez para que le destinaran de vuelta a la clandestinidad y a su amada Creta, «mi refugio donde ruge el Minotauro», donde siguió malviviendo igual que antes. Fue fumador hasta los cincuenta años, bebedor «monzónico»—la definición es suya—hasta la última noche de su vida. Comía con fruición y casi nada de lo que pasaba por su mesa podía calificarse de ligero. Pulverizó las estadísticas médicas, ignoró todos los diagnósticos (un buen puñado de ellos le habían sido adjudicados). En lo que se refiere al alcohol resultaba imposible despistarle. Apenas veía, pero tenía vista de águila para localizar las botellas. Si la jarra de vino de las comidas desaparecía del mantel o su nivel descendía más de lo debido, se daba cuenta de inmediato y exigía la llegada de refuerzos con autoridad cortés. En el salón de su casa había una mesa especial que hacía las veces de bar. Estaba apoyada contra uno de los muros, y su superficie desaparecía bajo una descomunal bandeja repleta de bebidas, más una cubitera con hielo y un bol lleno de rodajas de limón. Aquella zona de la sala ejercía la atracción de un magneto. A la una y media del mediodía y a las ocho menos cuarto de la tarde se dirigía hacia ese rincón sin un solo titubeo. No importaba dónde estuviera, enfilaba hacia el bar con la seguridad de un cegato experto leyendo su camino en braille. Daban ganas de echarse a reír al verle plantado al lado de su arsenal. Con los ojos brillantes de anticipado placer y frotándose las manos como un oficiante listo para repartir bendiciones líquidas.

—*Here we are. Here we are. What are we going to drink today, my dear?* [Aquí estamos, aquí estamos. ¿Qué vamos a beber hoy, querida?].

Tenía los rasgos propios de un gran vitalista. Por las mañanas salía de sus aposentos risueño y reluciente como un cascabel. Desayunaba, tomaba el aperitivo, comía, merendaba (*tea time*), vuelta al aperitivo y luego cena abundante. No se saltaba ni uno solo de estos trámites y, además, los gozaba con fervor, como si cada uno de ellos fuera insólito, nuevo. Y si encima tenía compañía, tanto mejor. Adoraba a sus invitados. Eran un buen pretexto para largas charlas y mucha bebida, además de historias, recitales de poemas, risas y canciones. También hallaba un gran placer en la actividad física. Había sido un andariego incansable y un excelente nadador. Hasta bien entrada la vejez caminó varios kilómetros diarios, y la mayoría de las veces cuesta arriba (a la ida, casi siempre: vivía al pie de las montañas). Uno de sus paseos preferidos era el que lleva de su casa a Exohori y Ágios Nikolaos, una capilla menuda emplazada en lo alto de una colina desde la que se goza de unas vistas espléndidas. Allí fue donde él y su mujer Joan, junto con la esposa de Bruce Chatwin, enterraron las cenizas de este último bajo un olivo.^[2] A los ochenta y muchos años seguía nadando a diario, y no se trataba de cuatro chapoteos cerca de la orilla. Ya nonagenario, empezó a usar el bastón, pero, en conjunto, los invitados teníamos más probabilidad de un mal tropiezo que él, porque dejaba sus báculos por ahí, apoyados en los respaldos de las sillas, en las barandillas o en las piedras de las chimeneas...

Los del pueblo le miraban casi como a un ser inmortal. Solían decir que su voluntad de vivir era más fuerte que nada. Y es cierto que parecía agarrarse a la vida como las lapas a las rocas que tenía bajo su terraza, pero no se percibía codicia o ansiedad en este afán. Permanecía relajado, sereno, y por eso resultaba delicioso estar a su lado. Lo suyo era más bien un apetito vital sumado a una capacidad

de asombro inextinguible. Casi un siglo después de haber nacido, pese a la guerra y al desfile de amigos muertos y, en especial, pese al vacío que le dejó la ausencia de Joan, su gran compañera, la vida le seguía cautivando. Le interesaba, le provocaba raptos de euforia y accesos de hilaridad.

Su gran sentido del humor y la escasa importancia que se daba a sí mismo debían de tener algo que ver con todo ello. Era irónico, distanciado, aunque raras veces mordaz o hiriente. Su ingenio evocaba la malicia de un golfo, de un joven pilluelo.

Conservo un recuerdo muy preciso de la primera vez que comimos a solas en su casa. Yo había llegado a la cita con un respeto algo reverencial y también con un poco de temor; era un escritor admirado y, además, un anciano. Pero toda reserva se desmoronó en el aperitivo, con el segundo vaso de gintonic. Pasamos la comida atragantados entre gritos—estaba sordo, olvidaba los audífonos por ahí—y carcajadas, y cuando antes de regresar al hotel le pedí que me firmara dos de sus libros, no conseguimos dilucidar con exactitud en qué fecha estábamos. La acordamos por aproximación y consenso. Cogió el primer volumen, escribió la dedicatoria y el día, mes y año entre dibujos de nubes algo vacilantes y golondrinas en pleno vuelo. Luego abrió el segundo libro y miró la hoja en blanco con cómica perplejidad. *Do you think we are still on the same date?* [¿Crees que estamos aún en la misma fecha?]. Decidimos que sí. Volvió a dibujar nubes y golondrinas. Luego dejó la pluma, levantó los brazos, chasqueó los dedos, esbozó un floreo de bailarín y se arrancó a cantar las estrofas de un vodevil parisiense. Al viejo diablo le chispeaban los ojos. Se entreañó una mirilla y asomó un muchacho pícaro: el vividor agazapado bajo la epidermis del anciano. Más adelante asistí a menudo a la misma transformación. Era algo extraordinario.

Los griegos llaman *leventeíá* a este arrebatado amor por la vida, y le conceden mucha importancia. La *leventeíás* es la audacia, el gusto por las mujeres, por el vino, las canciones

y el baile. Normalmente, se asocia con el vigor, la fogosidad y el ímpetu de la juventud. Pero Paddy conservó su *levente* hasta el fin de sus días.

[LOS LIBROS]

Τα βιβλιά

—¿Qué vas a leer hoy?

Era una de sus frases favoritas. Y recurrente; una pregunta que brincaba cada noche sobre los guisos de la cena.

Los libros protagonizaban la mayor parte de las conversaciones, eran omnipresentes en la casa. Durante las comidas hablábamos de literatura, historia, etimología, lenguas. El salón comedor estaba forrado de volúmenes y a veces me hacía levantar para ir a consultar algún dato, ratificar la veracidad de un poema que estaba recitando, buscar otro que no recordaba. «A ver, querida. Al fondo a la izquierda, en el anaquel de poesía española, tráete a García Lorca... Un poco más arriba. Cuidado, no te caigas...». Las estanterías llegaban hasta el techo, se daba por supuesto que para alcanzar los libros había que pisotear los sofás y subirse a sus respaldos. Y donde no había muebles a los que trepar utilizábamos una vieja escalera de madera para *pukka sahibs*. Era un objeto ingenioso, muy bonito, que originalmente se utilizaba para apoyarse en el flanco de algún elefante. Plegado no ocupaba más espacio que un tablón estrecho y largo, casi se podía abrir con una sola mano, y Paddy le tenía gran apego. Solía mostrarlo con orgullo, y los «¡Oh!» y «¡Ah!» de sorpresa de las visitas le halagaban tanto como si el invento hubiera sido suyo.

Apenas había autores contemporáneos en su biblioteca. No le interesaban las tendencias actuales ni las futuras, afirmaba sin complejos. Salvo raras excepciones, creo que había puesto la marcha atrás más o menos en los años setenta, ochenta como mucho (hablamos del siglo XX, el XXI caía de pleno en un futuro galáctico). Por el contrario, atesoraba clásicos y enciclopedias. Y tenía una excelente memoria a la hora de saber dónde se hallaba cada uno.

Siempre andaba husmeando en las lecturas ajenas, buscando autores que tuvieran cabida en su espectro de intereses. Era inquieto, y un gran lector de poesía. Me pedía que le recitara poemas en español, que le recomendara nombres fuera de los clásicos que ya conocía. Una noche le hablé de Miguel Hernández, creyendo que su contundencia, la sonoridad rotunda, casarían bien con sus gustos teatrales. Así fue. Nuestras siguientes veladas retumbaron con las estrofas vibrantes del poeta de Orihuela (la erre española le gustaba de modo particular).

Leía, siempre leía. Pero despacio y de modo trabajoso, pues tenía graves problemas de visión. «Te veo como a un Picasso, un ojo en el este, la boca en el oeste», me aclaró un día. Aun así, era disciplinado, y pasaba muchas horas con el libro en la mano. Buscaba ayuda en ópticas y artilugios. Lupas, gafas de diversas graduaciones, un parche sobre el ojo derecho. Que el parche fuera negro y tuviera la calavera y dos tibias cruzadas de los piratas era una travesura muy propia de él (sospecho que le caí definitivamente en gracia el día en que descubrió mi admiración incondicional por Guillermo Brown).

Estaban los libros, objetos de culto y afecto. Y lo que contenían los libros...

Paddy se emborrachaba más de palabras que de vino. Las palabras le intoxicaban, y de qué manera. Cuando cogía carrerilla, era imparable. Tenía propensión a la pirotecnia verbal, al barroquismo y al desenfreno. Tiraba de un hilo, lo seguía. Se le agotaba y entonces buscaba—o inventaba—bifurcaciones que le condujeran a otro, y así podía es-